

# El hermano pequeño

J. M.  
Guelbenzu

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1208

© J. M. Guelbenzu, 2011

Ilustración de la cubierta: *Playing the Party Game* © Jack Vettriano, 1996

© Ediciones Destino, S. A., 2011  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El inspector Quintero de la policía judicial apartó bruscamente la tupida masa de ramas de helecho y la Juez De Marco se encontró de golpe con el cuerpo sin vida de una mujer joven tendido sobre la hierba inculca. El cadáver aparecía descoyuntado, como si lo hubieran arrojado desde la cuneta por encima del helechal, para lo cual —pensó, dando prioridad a esta observación sin saber por qué— serían necesarias dos personas. Pero lo que fijó su mirada fue el hecho de que la muchacha tuviera las manos cortadas. De inmediato apartó la vista, como si deseara borrar la imagen, y luego volvió a mirar, atraída por el horror. La evidencia de los muñones ensangrentados le sugirió maldad y dolor. Concentró toda su pena en los muñones y dejó de escuchar lo que el inspector Quintero le estaba diciendo con los labios a un centímetro de su cara. Sintió asco, un asco general, y se apartó del inspector y del cuerpo tendido. Entonces vio su cara. La cara de la muchacha. A pesar del hilo de sangre que bajaba desde la sien y la cabellera sucia y revuelta, se percató de que era muy bella. La relación entre muerte y belleza le pareció un lazo abominable; luego sintió tristeza, y dolor de nuevo, y un malestar que lo revolvía todo. El cuadro expresaba pura desolación. Hizo una seña al forense y éste se adelantó hacia el cadáver. El agente Rico soltó las ramas de helecho y la Juez volvió la cara hacia la carretera, donde estaban aparcados el coche de atestados,

su propio coche y el de la policía judicial. La luz estaba cayendo aprisa. Era una tarde de octubre un tanto desapacible que enviaba viento y amenazaba lluvia para la noche. Estaban a las afueras de G..., en los dominios de una pedanía que respondía al nombre de Hontanar de Vieda. Una ambulancia llegaba en aquel momento precedida por un agente de la Guardia Civil de Tráfico. El agente se adelantó para aparcar su moto delante de los otros coches y su compañero, que venía tras la ambulancia, se quedó a la zaga para señalar el lugar y ralentizar el tráfico, muy constante a aquella hora de la tarde.

—¿Y esos dos?

—Han tenido que abrir paso a la ambulancia; hay un atasco de campeonato a la salida de G...

En un momento se habían juntado la ley y el orden cubriendo un buen tramo de carretera. Los automóviles que circulaban por ella aminoraban la velocidad a las indicaciones de la Guardia Civil y sus ocupantes miraban con curiosidad los vehículos aparcados en el arcén mientras los sobrepasaban. La Juez apartó de nuevo un grupo de helechos con la mano y observó al forense inclinado sobre el cadáver. Éste sintió su mirada y volvió la cara.

—La muerte se produjo la noche pasada —dijo—. Debe de llevar unas quince horas muerta, quizá más. La han golpeado con un objeto grande y ancho en la cabeza, por detrás, y luego varias veces, con ensañamiento. Yo diría que la golpearon después de muerta, quizá el que lo hiciera no se apercibió de que el primer golpe le destrozó el cráneo. Tuvo que ser un golpe brutal. Y luego —añadió con un gesto de los ojos hacia los muñones—, lo de las manos. Qué barbaridad —dijo mientras se ponía en pie.

—No se ve sangre y la que asoma es poca y está seca. No la mataron aquí.

—No —repuso el forense—, se desangró en otra parte. Tiene erosiones en los brazos. Se defendió —dijo alzando los hombros con un movimiento nervioso.

La Juez lo interrogó con la mirada y el forense se inclinó de nuevo sobre el cadáver mientras ella retrocedía hacia la cuneta.

—En mi opinión —dijo el inspector Quintero— la debieron de arrojar a la hondonada aprovechando la oscuridad. Quienquiera que fuese vino a tiro hecho al lugar, no lo improvisó; no hay huellas de frenada brusca, por ejemplo. A lo mejor alguien ha visto algo, otro coche al pasar, no sé...

—Tenía espacio para sacar el coche de la carretera —comentó la Juez mirando el ensanchamiento del arcén donde se hallaban—, así que es muy probable que conociera el lugar. No deja de ser un contrasentido: un ataque tan salvaje seguido de la calma necesaria para venir al lugar adecuado para arrojar el cadáver. ¿Quién sería?

—Alguien de aquí. Vamos a ver si descubrimos quién es ella. Con las manos cortadas...

—Perdone, inspector. —El número de la Guardia Civil que aparcó delante de la caravana de vehículos retrocedió desde el helechal, donde había estado observando el cadáver, y avanzó unos pasos—. Yo conozco a esa mujer. Es de aquí, vamos, que vive aquí. Es la mujer de un paisano de Hontanar de Vieda que se llama Jacinto Meres. A quien yo conozco en realidad es a los padres, pero el matrimonio vive en la misma finca.

Quintero cruzó una mirada con la Juez, que negó con la cabeza.

—Vaya papelón —dijo resignado— tener que comunicar la muerte. En fin —se dirigió al motorista—, me va a indicar usted dónde encontrarlos.

—En cuanto despejen ustedes lo acompañamos.

El forense regresó al arcén, donde estaban los demás, mientras se desprendía de los guantes de látex.

—El arma del crimen podría ser una pala o algo semejante —comentó.

—Agente... —la Juez requirió al motorista mientras hacía también una seña al forense y al inspector Quinte-

ro—. Escuchen ustedes. Les voy a pedir el favor de que no comenten con nadie que el cadáver tiene las manos cortadas. Eso va también para sus subordinados, aquí presentes, que lo hayan examinado. Ya sé que será difícil contener las ganas de hablar de ello, pero haría el caso muy notorio y, de momento, no quiero que trascienda nada que pueda producir escándalo o atención especial de los medios de comunicación. En consecuencia, quede claro que, a partir de este momento, todo cuanto se refiere al caso pertenece al secreto del sumario.

Todos los presentes asintieron y la Juez dio la orden de levantar el cadáver.

A pesar de la amenaza de lluvia, del tiempo desapacible y de la hora tardía, Mariana de Marco decidió bajar a la playa; así, de vuelta a casa, una vez terminadas las diligencias, se vistió una camiseta y unos *leggings* negros y echó a correr desde el portal para no coger frío y también en parte para justificar su escasa y ajustada vestimenta, que no era la más propia para una Juez circulando por las calles de la ciudad; por lo general iba en su coche, lo aparcaba en el mismo Paseo Marítimo y de allí saltaba a la playa de una carrera; pero eso solía ser por la mañana temprano y ahora estaba cayendo la tarde. Cuando alcanzó el Paseo, bajó a la arena por la historiada escalera de piedra y echó a correr a buen ritmo. La bajamar reciente había dejado la arena humedecida y firme y sintió deseos de correr descalza, pero no estaba dispuesta a cargar con las zapatillas, anudadas por los cordones, colgando alrededor del cuello; todo lo más, andando, porque corriendo la golpearían en el pecho.

Desde el regreso del lugar donde hallaron a la mujer muerta, una imagen recurrente se había instalado entre el vagar de sus pensamientos como un *leit motiv*: las manos cortadas. Era un detalle que le resultaba particularmente repugnante, pero por encima de ello flotaban una serie de preguntas inquietantes. Por ejemplo, ¿con qué instrumento le amputaron las manos? ¿Con un hacha? Parecía lo más probable, a juzgar por lo visto: los tajos

sugerían unos pocos golpes firmes. Pero, entonces, ¿quería eso decir que el asesino acudió al encuentro de su víctima provisto de una pala y un hacha? ¿Qué asesino busca a su víctima con diversas herramientas de muerte bajo el brazo? ¿Cómo se compadecía esa meticulosidad con el arrebato que sugería el golpe en la cabeza?

En segundo lugar, las manos mismas. Su desaparición sugería el deseo de dificultar la identificación de la víctima. Salvo que las encontrasen dentro del perímetro establecido por el agente Rico en torno al helechal junto a la carretera, o quién sabe en qué descampado o vertedero o cubo de basura, lo primero que sugería era la clara intención de ocultar las huellas dactilares de la víctima. Sin embargo, su identificación no sólo había resultado facilísima gracias al agente motorizado, sino que lo hubiese sido en cualquier caso al tratarse de una persona vecindada en la zona; así que el asunto de las manos cortadas no tenía finalidad alguna aparente.

Cayeron las primeras gotas y Mariana, sin dejar de correr, miró hacia arriba por precaución. Las luces que bordeaban el Paseo encarando a la playa se habían encendido y su luminosidad ocultaba a la mirada el estado del cielo que, de todos modos, se mostraba ceñudo y borrascoso. Calculó cuánto trecho le faltaba por recorrer de ida, más la vuelta hasta la escalera por la que había bajado a la arena, y decidió que no le daría tiempo a completar su ejercicio, por lo que dio media vuelta sobre la marcha y apretó el paso esperando ganar la salida antes de que el chaparrón se hiciera notar. No le apetecía nada acabar callejeando bajo la lluvia con aquella ropa tan ligera y ceñida. Aunque las gotas cayeran aisladas, ella sabía que el cielo se abriría en cuestión de minutos.

Pero aún no llovía en serio y apretó aún más el paso. Cuando alcanzó el pavimento del Paseo, corrió hacia el semáforo más cercano y allí hubo de entretenerse saltando sobre ambas piernas aguardando el disco verde. Otras tres personas, dos hombres y una mujer, la observaron

saltar; la mujer, con gesto de reprobación, la miró de arriba abajo; los hombres hicieron lo mismo, pero su gesto era bien distinto. Mariana llevaba de nuevo la melena corta, recogida por detrás de las orejas, y estaba más delgada, no sólo de cuerpo —que, de todos modos, era una poderosa estructura de 1,75 metros de altura especialmente acentuada por su atuendo deportivo— sino también de cara, con los pómulos marcados, lo que le alargaba y estilizaba el rostro. Lo único invariable eran sus grandes y expresivos ojos negros.

Entonces... ¿qué diablos pintaban en el cuadro del horror aquellas dos manos cortadas? ¿Acaso la rabia del atacante al sentir la defensa desesperada de su víctima? En tal caso se habría visto obligado a cargar con ambas extremidades hasta el lugar donde eligiera deshacerse de ellas. Nadie va por ahí con unas manos cortadas entre las suyas, o escondidas en sabe Dios qué envoltura, en busca de un recipiente donde arrojarlas o... ¿O quizá las enterró en alguna parte, lejos de allí? En realidad —rectificó mientras corría ya por las calles—, lo suyo sería que las hubiera cortado donde se llevó a cabo el crimen; lo cual tampoco tiene sentido porque: ¿se deshace primero de las manos y luego regresa por el cuerpo, lo carga en un vehículo y lo traslada hasta el punto donde lo encontraron? Algo faltaba en todos los razonamientos y no lograba dar con ello.

Lo primero que haría nada más llegar a casa sería telefonar a Julia. Julia Cruz era una mujer que le recordaba en varios detalles a Carmen Sánchez, su Secretaria de Juzgado en su primer destino como Juez. Como ella, era directa y sin rodeos, emotiva, cariñosa y leal; en cambio, se diferenciaba de Carmen en que, mientras que ésta tenía un último fondo retirado, que sólo sacaba afuera en casos excepcionales, Julia era una persona animosa y extrovertida hasta el punto de dejarte pasar hasta el último cuarto recóndito de su alma en cuanto se fiaba de ti. Julia era arquitecto y, por tanto, de formación universitaria, lo

que también la diferenciaba de Carmen, y aunque tenía su estudio en G... junto con otros dos colegas, había firmado ya numerosos proyectos fuera del territorio que le era propio, sobre todo en el resto de España, pero también en Oriente Medio y uno en Latinoamérica. Era una mujer grácil, de cuerpo fino, con aspecto de muchacho, pelo castaño cortado a lo *garçon*, el cutis lleno de pecas y casi tan alta como Mariana. En realidad, ambas pensaban que las había unido la altura. Tenía unos ojos verdes pequeños y vivarachos, unos bonitos labios y una sonrisa acogedora. Entre sus amistades las llamaban «las largas». En el par de años que Mariana llevaba en G... había entrado en contacto con un grupo de gente al que también pertenecía Julia, pero sólo con esta última podía presumir de verdadera amistad. Y se entendían tan bien que por eso iba a telefonarla, para poder compartir con ella los interrogantes que la perseguían en torno al caso.

A dos manzanas de su casa se puso a diluviar. En principio, decidió jugarse el todo por el todo y atravesar la cortina de agua que la separaba de su portal; sin embargo, aquélla se espesó de tal modo que prefirió refugiarse bajo una marquesina junto con otros viandantes atrapados como ella, confiando en que, si tanto apretaba a llover, escamparía pronto. Entonces se dio cuenta de que, a pesar de todo, tan distraída había debido de estar con sus pensamientos mientras arreciaba que hasta ese momento no se apercibió de que estaba empapada y la ropa se le pegaba al cuerpo como una segunda piel.

«Aún no me acostumbro a la idea de que ha acabado septiembre», se dijo, furiosa y avergonzada a la vez.

Septiembre era el mes más lento, suave y bello del norte cantábrico, el más despejado y acogedor; y el de las más vivas y grandes mareas.

El Juez Eliseo Carbajo, el de mayor antigüedad en G..., pasó por delante de Mariana de Marco al entrar en el edificio de los juzgados y después se detuvo a esperarla. Mariana, que antes lo había saludado en la puerta, pasó de largo sin decir palabra y el Juez se la quedó mirando mientras ella se encaminaba a su despacho.

—¿Alguna vez ha visto alguien a un Juez moverse así en esta casa? —comentó en voz alta, repartiendo una maliciosa sonrisa de suficiencia por todo el vestíbulo aunque sin dirigirse a nadie en particular. Como no obtuvo respuesta, guiñó un ojo cómplice a la persona que lo acompañaba, echó un último vistazo con estudiado gesto melancólico al pasillo por el que había desaparecido la Juez y se dirigió al ascensor.

El Juez Carbajo tenía fama de ser receptivo a toda sugerencia que le llegase desde el poder económico y de poseer una formación jurídica de primer orden, cualidades ambas que le habían permitido convertirse en un encumbrado personaje de la judicatura local. Se había mantenido en su puesto durante años y escalado posiciones en la jerarquía judicial de G... y ahora la veteranía, y su astucia y habilidad en el manejo de los asuntos internos, le garantizaba una posición de dominio y una consideración de fuerza viva en la ciudad de la que se jactaba sin recato alguno; posición que no tenía la menor intención de abandonar, como tampoco de abando-

nar su feudo en una ciudad que se había acostumbrado a él.

Mariana y el Juez Carbajo no habían dudado en manifestarse una mutua antipatía desde la llegada de esta última a la ciudad; más directa en el caso de ella, más sibilina en el del Decano. En ella, la antipatía estaba matizada por su educación, que no era correspondida por el Juez, un hombre tosco, autoritario y, en opinión de Mariana, acomplexado por su rechoncha figura y su calvicie prematura que, por más que intentara disimularlas con toda clase de trucos más propios de otra época, contrastaban elocuentemente con la clase de gallo que pretendía ser. Sin embargo, era hombre dicharachero e incluso ruidoso, acostumbrado a imponer su presencia y a hacerse obedecer.

—Otra vez he tenido que cruzarme en la puerta con el gilipollas ese —dijo Mariana a media voz mientras caminaba por el pasillo. El Secretario de su Juzgado, Pelayo Arenas, que se encontraba a la puerta de su despacho en aquel momento, le dirigió un gesto cómplice de resignación. Cuando ella llegó a la puerta de su despacho, devolvió la sonrisa a su subordinado componiendo a su vez con los ojos un claro gesto de desprecio y ambos pasaron adentro.

Pelayo Arenas se había incorporado al Juzgado de Instrucción ese mismo año, justo cuando en la ciudad de G... se separaron los Juzgados de Primera Instancia de los de Instrucción. Mariana de Marco había optado a la plaza de uno de los dos de Instrucción que se crearon y le fue adjudicado el número 2. En varias ocasiones había comentado con sus amigas que su destino final sería un Juzgado de lo Penal, pero, tras recapacitar acerca de su futuro y a pesar de haber ejercido con verdadera vocación como abogado penalista, la experiencia de los últimos años en los Juzgados de Primera Instancia e Instrucción le había mostrado que la instrucción de un caso la apasionaba tanto como su dedicación anterior a lo pe-

nal y, además, había dado en pensar que le convenía más a su carácter. En cierto modo, consideraba la instrucción una actividad casi detectivesca y, en consecuencia, más dinámica, más entretenida también. Aunque el Derecho Penal fue y seguía siendo su asignatura favorita, reconocía que le resultaba apetecible probar a cumplir al menos un curso más dinámico del que la aguardaría en un Juzgado de lo Penal; al fin y al cabo, un concurso podía esperar. Como amante del Derecho prefería esta segunda opción, como amante de la vida agitada prefería la primera. Lo cierto era que una instrucción no tenía que ser necesariamente divertida o emocionante, pero en bastantes ocasiones lo era, o lo había sido para ella, y, sobre todo, satisfacía su curiosidad por asomarse al otro lado de las apariencias, de un lado, y del otro le parecía que era la aplicación más activa del Derecho a la realidad de las gentes, a la realidad social. Indecisa, la separación de los Juzgados en G... le pareció que era una señal maliciosa que le enviaba el destino para elegir Juzgado de Instrucción y no lo dudó. Al fin y al cabo, la otra vía no quedaba necesariamente cerrada.

Pelayo Arenas era un hombre joven, bienhumorado y animoso, un debutante lleno de buenas intenciones contento de emprender su propio camino. Esa actitud divertía a Mariana. En cierto modo, lo había prohijado con la intención de preservar su inocencia inicial de los embates de la realidad, pero en seguida descubrió que tras la buena disposición del Secretario se escondía una inteligencia tenaz y una notable capacidad de trabajo. Desde los tiempos de San Pedro del Mar, con Carmen Sánchez como Secretaria, no había vuelto a sentirse tan bien apoyada como lo estaba ahora por su nuevo colaborador.

—¡Menuda suerte! —le había comentado a Carmen cuando la telefoneó para comunicarle su satisfacción.

—Eres una extravagante —le respondió Carmen—. Lo tuyo es el Penal. Lo ha sido toda tu vida profesional y

ahora te apeas en la primera estación que te cae simpática. Perderás el tren como sigas haciendo frivolidades. En fin, tendré que conformarme y esperar a disfrutar de tus sentencias como Juez de lo Penal para otra ocasión, que espero que no tarde...

Esa mañana Mariana de Marco tenía dos vistas de asuntos menores que se resolvieron con rapidez. De hecho, agradeció el buen curso de ambas porque, desde que despertó, no pensaba en otra cosa que en el crimen cuya instrucción tenía entre manos. El inspector Quintero, entretanto, había trabajado a plena dedicación y disponía ya de información suficiente para echar a andar el caso. La víctima fue identificada como Elena Sánchez Vega, esposa de Jacinto Meres. El matrimonio residía en la finca ganadera de los padres de este último, en una casa levantada en un extremo de la finca, junto a la carretera y distante de la casa principal, que se hallaba en el extremo opuesto. Los padres tenían estabulado cerca de un centenar de vacas de leche y un pequeño lote de raza tudanca destinada al consumo de carne. Jacinto y su mujer, por su parte, se dedicaban a la explotación de un vivero de plantas de jardín. Según el inspector, ambos eran una especie de pacifistas vegetarianos que vendían sus productos a diversos clientes, tanto a particulares como a constructores, jardineros y paisajistas. La finca, que era propiedad de los padres, previsiblemente pasaría en su día a manos de Jacinto como único hijo habido del matrimonio. En cuanto a Elena, originaria de Palencia, donde residían sus padres, era la mayor de tres hermanos. Según parece, se independizó de su familia al cumplir los dieciocho años. Contrajo matrimonio con Jacinto

tan sólo dos años atrás, por lo que se estaba investigando el tiempo en blanco entre una y otra fecha. Un hermano venía de camino desde Palencia, pues los padres habían delegado en él la penosa función de reconocerla.

—¿Y eso por qué? —preguntó Mariana.

—No lo sabemos. Aquí tampoco quieren decir nada, pero es evidente que hay algo oculto en la historia de esta mujer —contestó el inspector—. Si habla usted con los suegros o con el marido verá que son muy reticentes, aunque salta a la vista una diferencia entre ellos: al marido se lo ve bastante afectado; en cambio, los suegros ni se conmueven, como dos piedras.

—Pobre chica. Un final tan atroz y toda esta indiferencia; o rechazo más bien, ¿no?, por lo que usted me cuenta. Qué cosa más siniestra, acabar así.

—Y que lo diga.

—Pues va usted a seguir indagando en la vida de la víctima porque esto podría tener que ver con esos años en blanco.

—Si la familia de la mujer es como la del hombre nos va a costar sacar algo en limpio.

—Déjelo usted de mi cuenta. Usted hurgue por ahí, por los alrededores de la muchacha: amigas, gente que la conociera, aquí o en Palencia. Vaya tirando del hilo, que yo me encargaré de los interrogatorios.

—Como quiera, pero de verdad que por las buenas no les va a sacar nada a los Meres. Ya me conozco yo el paño.

—Pues tendrá que ser por las malas.

—Vaya con cuidado, señoría, que esta gente de campo tiene mucha retranca y pueden salir por mal sitio.

—No voy a amenazarlos, sólo a meterles el dedo en la boca; justo hasta que suelten lo que llevan dentro.

—Le advierto, inspector —intervino de pronto el jovial Pelayo Arenas—, que su señoría tampoco es manca.

—Tranquilo, chaval; yo sólo aviso. Yo he visto aquí casos de gente que cuando se le ha anunciado la visita de

un inspector de Hacienda, han contestado que tenían la escopeta en casa. «¿Una inspección de Hacienda a mí? No hay cojones», dijo un paisano de aquí al lado, de Villacastillo. Y no los hubo. A ver de qué se va a jugar la vida un administrativo por una inspección.

—Pues para eso están ustedes —dijo la Juez.

—Yo —contestó el inspector— cuando me llamen. Eso es asunto de la Guardia Civil.

—En el caso que nos ocupa —dijo la Juez—. Hontanar de Vieda es una pedanía de G... y el caso nos compete a nosotros.

Jacinto Meres era un muchacho que, además de guapo, resultaba atractivo no por su finura de rasgos, que no la tenía, sino por una conmovedora armonía física que sugería sencillez y dulzura. Lo cierto es que no parecía un trabajador del campo sino un guapo tosco que unía a su juventud una buena planta. De buena estatura y rubianco, de ojos claros, dejaba suponer una ascendencia de corte céltico, no infrecuente en la zona. Mariana de Marco concertó una cita con él en su casa porque tenía curiosidad por conocer la finca de la familia Meres. Se trataba de una extensión de, al parecer, unas tres hectáreas de prado pegada a la carretera y que lindaba por el frente contrario con un bosque de castaños, acacias y algún tejo. El acceso a la finca se efectuaba a través una puerta de madera de doble hoja coronada por un tejadillo que conducía directamente a una casa vulgar de dos plantas levantada con el estilo impersonal y rácano de los años cincuenta, las paredes pintadas de un ocre ya sucio, ventanas convencionales y una puerta claveteada. A la derecha podía verse un galpón gigantesco que evidentemente era el establo de las vacas de leche. Un segundo camino de tierra se desviaba a la izquierda y conducía a una segunda casa, de una sola planta y de construcción reciente, más alegre, con geranios y lantanas en los alféizares. Junto a ella se levantaba un amplio cobertizo que semejaba un almacén y dejaba ver que ha-

cía las veces de zona de trabajo e invernadero cuando uno se aproximaba a ella. Por detrás del cobertizo se abría el vivero en ordenadas hileras de plantas y árboles jóvenes, que se extendía a lo largo de una línea de tela metálica que marcaba la linde y llegaba hasta el pie de una loma alineada con el bosque de castaños y acacias que cerraba la finca al fondo. A la altura del cobertizo, Mariana reconoció una segunda entrada que se correspondía con la casa del vivero y que debía de ser la que utilizaban para recepción de clientes y servicio de transporte de la mercancía.

Mariana encontró al joven Meres sentado a la puerta de su casa, en un banco de piedra, con la cabeza entre las manos y aspecto abatido. Cuando los oyó llegar, a ella y al agente Rico, enderezó el tronco y esperó a que se aproximaran. Entonces se puso en pie desganadamente.

—Me veo obligada a tener una charla con usted que intentaré que sea lo menos dolorosa posible —dijo Mariana a modo de saludo al acercarse—. Le agradezco su buena disposición y le aseguro que le devolveremos el cuerpo de su esposa en cuanto nos sea posible. Créame que lo acompaño en el sentimiento.

Jacinto murmuró algo parecido a un confuso agradecimiento y la invitó a pasar. Parecía aturdido y torpe en sus modales; por un momento pensó que no estaba allí, que tenía la cabeza en otra parte.

—El agente Rico —dijo ella antes de entrar en la casa, refiriéndose a su acompañante a modo de presentación— va a inspeccionar otra vez el perímetro del vivero y la casa. Sólo esta parte.

—La policía ha estado hoy toda la mañana —acertó a decir Jacinto de manera que pareció una débil protesta.

—No se preocupe. Es una simple comprobación. La extensión de terreno es muy grande y a veces no sabemos muy bien lo que buscamos; se trata de ver si se nos ha pasado algo por alto. —Mariana entró en la casa arrastrando consigo al conturbado Jacinto.

Le sorprendió el aire austero de la decoración, que sólo aliviaban los colores vivos de las telas y las flores. Evidenciaba un gusto sencillo y primario. No había cuadros en las paredes, ni objetos o bibelots aparte de una cesta de mimbre con frutos secos en la mesita de centro de un tresillo convencional tapizado con una especie de estampado geométrico. Mariana tomó asiento mientras Jacinto permanecía de pie a su lado. Ella lo miró fijamente y luego le indicó la butaquita contigua con un decidido gesto de la cabeza.

—Tengo entendido que ustedes dos contrajeron matrimonio hace apenas dos años —Jacinto asintió—, pero me gustaría saber cómo y cuándo se conocieron.

—Elena... —empezó a decir Jacinto—, Elena y yo... En realidad, nosotros... —De pronto emitió un leve gemido y Mariana comprendió que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por no dejar escapar las lágrimas—. Perdóneme. Estoy muy afectado. Perdón.

—Tómese el tiempo que necesite, no se preocupe por mí —lo alentó ella.

—Gracias. —Hizo una pausa—. Es que... se ha roto todo, no sé qué hacer. No tengo fuerzas para seguir...

—Es la primera impresión. Se recuperará, Jacinto. Es un momento terrible para usted, lo sé, pero tiene que reponerse, por usted, por ella misma también.

—No sé si podré. Elena y yo... Usted no lo va a entender.

Mariana comprendió que en aquellas condiciones no sacaría nada en limpio. Había llegado a destiempo, aún no era el momento de interrogar a Jacinto y reconoció en la actitud del otro el estrago de la pérdida. El hombre parecía estar muy afectado, privado de una parte de su existencia.

—Sé que hace apenas dos años que se casaron...

—Oh, Dios mío —acertó a decir, gimiendo, el hombre.

Mariana se preguntó qué era lo que verdaderamente sentía aquel desdichado. Era evidente que se hallaba

bajo un impacto emocional muy fuerte, pero por un momento tuvo la sensación de que el deceso lo afectaba incluso más allá de la pérdida de la esposa, de que algo de mayor envergadura que la propia relación entre ellos se venía abajo, pero no supo intuir qué era aquello, quizá todo un plan de vida, tronchado por la tragedia.

—Veo que usted la quería mucho —acertó a decir Mariana, algo desconcertada por sus propias sensaciones.

—Yo... —dijo el hombre—. Usted no puede imaginar...

Mariana de Marco decidió posponer el interrogatorio.

El inspector Quintero, que venía de la casa grande, confirmó que en la finca no había indicio alguno de que allí se hubiera cometido el crimen. El agente Rico coincidió con él respecto de la casa del vivero.

—Tampoco había sangre en la hondonada donde la hallamos, ni en el arcén. Nada, ni rastro —concluyó.

—Pero en alguna parte se tuvo que desangrar.

—No hay indicio alguno. En ninguna de las dos casas, en los prados, entre los árboles...

—En el vivero tampoco, se lo hice examinar al agente Rico otra vez este mediodía —comentó Mariana—. No podemos peinar el concejo entero... ¿Los de la científica tampoco encuentran nada? ¿Rastros de tierra....?

—Esta zona es uniforme, pudo ocurrir en cualquier parte.

—El forense —comentó Mariana— se inclina a creer que la golpearon con una pala. El primer golpe fue mortal. Pero antes hubo pelea o conato de pelea, lo demuestran las marcas de los brazos. Debieron de tirarla al suelo en la pelea y allí la remataron. Y luego, lo de las manos...

—Sí, eso es lo más incomprensible.

—Elena Sánchez Vega... ¿La ha reconocido su hermano?

—Sí. El pobre chico estaba hecho polvo. Es ella. En la familia ni sabían que se había casado. Para mí que no tenían trato frecuente.

—¿Está aquí ahora? —dijo súbitamente interesada Mariana—. Quiero verlo.

Cuando el muchacho llegó al despacho de la Juez, ésta le preguntó si quería o renunciaba a asistencia letrada y, después de dudar, desconcertado, optó por lo segundo. Parecía un buen chico, un tanto intimidado, y Mariana optó por hacerle la cosa fácil.

—Así que tú eres el hermano de Elena. ¿Qué número haces?

—Soy el segundo. Voy después de ella. —Era un chico joven, de unos dieciocho años, aunque aparentaba ser más adolescente; a primera vista, tenía un aspecto rudo y llano. Vestía pantalones y cazadora vaqueros, camisa negra sin cuello y zapatillas de cordones.

—¿Cómo es eso de que no sabías que se había casado?

—No lo sabíamos. Ella nos escribió alguna vez, bueno, a mí y a mi hermano, y por eso sabíamos que estaba por aquí.

—¿Os escribía? ¿Qué os contaba?

—Nada. Que estaba muy bien. Que trabajaba en un vivero y que se había retirado para siempre.

—¿Retirado? ¿Retirado de qué?

—Pues —el chico enrojeció— de lo que hacía.

Mariana lo miró fijamente, pero con gesto amable.

—¿Me puedes explicar qué es lo que hacía?

—Es que, bueno, ella era... hacía fotos. —Esas últimas palabras las pronunció con voz apenas audible y la cabeza baja. Mariana acentuó la presión.

—¿Fotos? ¿Qué clase de fotos? Háblame con claridad.

—Fotos... sucias. —El chico bajó aún más la cabeza. Por un instante, Mariana sintió pena. Luego redobló la exigencia.

—Defíneme sucias.

—Hacía desnudos —confesó al fin.

—Bien, tranquilo. No te avergüences. Quieres decir que era modelo erótica, ¿no?

—Sí.

Mariana dudó antes de preguntar.

—¿Sólo modelo?

—¿Quiere usted decir que si era puta? —El chico respiró.

—¿Lo era?

—No lo sé. Mi padre dice de todo, pero yo creo que sólo hacía fotos. Eso es lo que dijo ella cuando la echaron de casa.

—¿Cuántos años tenías tú entonces?

—Doce.

—¿Y ella?

—No sé, dieciséis, sería.

—¿La echaron de casa sin ser mayor de edad?

El chico hizo un gesto como si le dolieran los ojos.

—Le cerraron la puerta una noche y no volvió.

Mariana recapituló.

—De manera que tienes una hermana a la que echan de casa porque se hacía fotografiar desnuda a los dieciséis años. Dime, ¿quién la fotografiaba desnuda?

—Su novio.

—¿Su novio?

—Salió en una revista, lo dijo la gente. Nos daba vergüenza.

—¿Tú has visto esas revistas?

—No.

—Oye, no me vengas con tonterías.

—Bueno... sí, las he visto... Me las enseñaron...

—Vale. Déjalo ahí. Me vas a decir qué revistas son. Me vas a decir también si aparece en alguna página web. Y me vas a decir quién era el novio.

—Pero lo había dejado. Por eso se vino aquí y se casó y...

—¿Había dejado al novio?

—No, no. Las fotos.

—Dime una cosa: ¿qué piensas tú de ella?

—No sé. A mi hermano y a mí nos escribía y nos hacía regalos. A mí no me gusta lo que hacía, pero ya lo dejó. —Mariana sonrió conmovida ante la insistencia del hermano por subrayar el hecho de que ya había dejado su profesión que, evidentemente, era de *stripper*.

—¿Os escribía, dices? ¿Lo sabían tus padres?

—No, ellos no saben nada, no han visto las cartas. No se lo diga, por favor. Escribía a una amiga que nos daba las cartas y los regalos.

—¿Y tus padres no sospecharon de los regalos?

—Sssí. —El muchacho arrastró la respuesta.

—¿Y...? —preguntó Mariana después de un silencio. El chico bajó la cabeza.

—Los tiraban —dijo al fin, en un susurro. Se avergonzaba, pero al mismo tiempo Mariana creía advertir una suerte de liberación en sus respuestas.

—Alguno se os habrá quedado entre las manos —apuntó Mariana, cómplice.

Al chico se le escapó una media sonrisa de asentimiento.

Un poco más tarde Mariana se reunió de nuevo con el inspector Quintero.

—Así que hasta ahora no nos habíamos enterado de quién era, o fue, en realidad, la víctima.

—Oiga, ¿qué quiere? ¿Como lo íbamos a saber? Si no llega a ser por el agente de tráfico ni siquiera habríamos dado con la familia Meres a estas alturas.

—Pues conviene que se espabilen o esto se va a convertir en el paraíso del delincuente.

—Escuche, señoría —Mariana comprendió por el tono que «señoría» no era la palabra que el inspector habría usado en ese momento—, hemos estado desde la primera hora de la mañana barriendo la finca y el trayecto hasta el lugar del crimen. He tenido a mi gente escrutando cada palmo de terreno, las casas, todo. Sólo nos ha faltado cachear al ganado. La información sobre la mujer sólo hablaba de su familia política y de su marido. ¿De dónde íbamos a sacar que era una actriz porno?

—Modelo, inspector. Por lo visto era modelo erótica.

—Oiga, me parece que usted no ha visto las fotos.

—Pues no, no las he visto, pero me parece que eso era lo único que hacía, fotografías obscenas, pero no consta otra actividad pornográfica. Si acaso, actuaciones como *stripper*. —Mariana se dio un respiro—. Si además vendía su cuerpo, sólo podríamos atrevernos a deducir que

lo hacía ocasionalmente, pero los informes de los que hasta ahora disponemos ni siquiera dan a entender eso.

—Espere a que terminemos de buscar.

—Usted mismo. Quiero un rastreo exhaustivo. Y sobre todo, me interesa saber por qué abandona repentinamente el negocio de la fotografía erótica y desaparece sin dejar rastro. Indague en esas revistas, en las páginas web donde aparece, vea el origen de las fotos, los fotógrafos, su manáger, su novio y, en fin, lo que haya sido de su vida desde los dieciséis a los veinticinco años. Y rápido porque a cada minuto que pasa perdemos contacto con la verdad de los hechos.

Tras los primeros momentos de incomprensión, la corriente de sucesos empezó a adquirir velocidad. Elena Sánchez Vega fue reconocida como Jessica Vega, una modelo erótica que posaba para toda clase de publicaciones de ese jaez y cuyos posados, descaradamente obscenos, podían encontrarse fácilmente en la red sólo con teclear su nombre en un buscador. El porno había empezado a proliferar en Internet y ya no resultaba insólito conectarse en busca de imágenes que hasta hacía bien poco sólo podían encontrarse en revistas especializadas. Los desnudos de Jessica Vega no ocultaban ninguna parte de su bien conformada anatomía, unas veces en actitudes decididamente incitantes y desvergonzadas donde exhibía su sexo sin ningún pudor; otras, las menos, buscando un toque artístico en la composición. En general, si no fuera por la constante exhibición del sexo femenino, podrían entrar a considerarse dentro de lo que se denomina «desnudo artístico». La incorporación a páginas web era tan reciente como las propias páginas web y posiblemente, en muchos casos, posterior a su retirada porque, en buena parte, se trataba de las mismas fotografías de las revistas. En una web dedicada a comentar los hallazgos eróticos en la red, se encontró una información que hablaba de un crisis religiosa que Jessica había sufrido recientemente, a raíz de la cual abandonaba por completo su actividad y se retiraba al campo donde, según palabras que

se le atribuían, pensaba vivir en contacto con la naturaleza, y en su deseado cuerpo sólo pondría ya los ojos el hombre con quien contrajera matrimonio. También pedía perdón por el daño que pudiera haber causado; esto último daba pie a toda clase de lamentaciones y comentarios jocosos de los usuarios en la citada página. A todo esto, los de la policía judicial estaban entusiasmados con la investigación, revisando páginas y páginas, rebosantes de lujuria, con el mayor descaro. Mariana de Marco hubo de usar de su mayor flema para soportar el aluvión de pruebas que depositaba sobre su mesa el inspector Quintero con malsana intención. El inspector se empeñaba en comentarlas con ella forzando el fingimiento hasta rozar el morbo puro y duro, y ella se preguntó si se correría mientras repasaban las fotos, en vista de lo cual, decidió dejarle cumplir esta rijosa venganza sin inmutarse ni manifestar la menor emoción a la espera de que el cerebro del inspector asimilara su impotencia y estableciera así una barrera insalvable con la que dar por muerta su intención.

—No sé si se ha dado usted cuenta —comentó de improviso— de que en ninguna de las fotografías aparece con un hombre en actitud coital —lo dijo levantando los ojos hacia él desde las páginas que tenía delante y con una mirada llena de intención—, que no hay elemento masculino alguno en ellas —reiteró—. O sea —añadió Mariana con verdadera saña—, que no hay escena alguna con hombre u hombres penetrando por sus diversos orificios, ni deleitándose con el miembro, ni nada por el estilo. La suya es una pura exhibición de su cuerpo, pero nada más. —El inspector, que estaba convenientemente inclinado sobre ella, se irguió con inocultable brusquedad—. Tome usted nota, pues —siguió diciendo ella, por darle tiempo a recuperar su dignidad—, de que todavía hay clases. Ella posaba para rijosos, no para frustrados ni pornógrafos virtuales. ¿Sabe? Me cae bien esa chica. Nadie se merece un final tan horrible.

—¿Considera usted la posibilidad —preguntó circunspeto el inspector— de que esto sea obra de un admirador demente?

—No —respondió ella, lacónica—. No. No lo creo. No creo que nadie supiera su paradero, inspector, y usted tampoco lo cree. Lo que no podemos descartar es que se encontrara con alguien que quisiera forzarla, ella se defendiera y acabara muerta; no es una interpretación muy original, pero es la más lógica. —Se hizo un silencio y, luego, ella continuó hablando—. En lo que estoy pensando, no sé qué opinará usted, es en extender la búsqueda de indicios a las fincas colindantes. ¿Sabemos quién hay ahí?

—La finca colindante es una extensión enorme, propiedad de un empresario de transportes, Santiago Montclair, no sé si habrá oído usted hablar de él. Un hombre de mucha importancia aquí en G... Del lado contrario no hay más que prados y un almacén de maderas al lado de la carretera.

Mariana asintió con la cabeza.

—¿A qué se dedica esa finca?

—Es terreno ganadero, pero la dedicación principal es el cultivo de semen de toro.

—¿De qué? —preguntó Mariana arrugando el ceño.

—Eso es lo que se dice. Yo no la he pisado y, además, está muy guardada. Si hacemos caso a lo que dice la gente de por aquí, es un recinto misterioso que oculta algo; imagino que piensan en contrabando, drogas o algo semejante, pero todo eso viene a cuento de que la finca está muy guardada y en cuanto alguien se acerca lo echan con cajas destempladas. Todo el mundo piensa que ahí se oculta algo, pero ya sabe usted cómo es la gente de por aquí; todo el día pendientes de lo que hace el vecino. Y, claro, eso del semen de toro les suena a engañifa.

—A mí también —dijo Mariana—. No me diga usted que tiene sentido dedicar toda una finca como ésa a extraer semen de un toro.

—No sé si es uno o son ciento.

—¿Usted sabe cuál es el precio de un buen semental?

—Sí.

—Pues saque conclusiones.

